

vez.... una sólo vez no hace costumbre.... Quiero romper con V. toda clase de relaciones.

Esteban volvió con viveza los ojos hacia el rostro de Bounderby.

—Puede V. acabar el trabajo que tiene entre manos, y después ir á buscarlo á otra parte.

—Bien sabe V., señor, que si V. me niega trabajo, en ninguna parte lo encontraré.

Esta fué la respuesta de Bounderby:

—Sé lo que sé, y V. sabelo que sabe. No tengo que decir ni una palabra más.

Esteban volvió á dirigir una mirada á Luísa; pero sus ojos no encontraron los de la joven: lanzó un suspiro suave, y murmuró en voz tan baja que apenas se le pudo entender:

—El cielo tenga piedad de todos nosotros en este mundo.

Dicho esto, se fué.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO III.

La desaparición.

Ya era casi de noche cuando Esteban salió de la casa de Mr. Bounderby. Las sombras de la noche habían descendido con tanta rapidez, que no miró á su alrededor cuando cerró la puerta, pero subió sin detenerse la calle. Nada estaba tan lejos de su pensamiento como la extraña vieja á quien se encontró cuando hizo su primera visita á aquella misma casa; oyó tras de sí unos pasos ligeros que le eran conocidos, y volviéndose, vió á la anciana acompañada de Raquel.

—¡Oh, Raquel! ¡Querida mía! ¿Y V. con ella, señora!

—Verdad que este encuentro tiene mucho de extraño,—contestó la vieja.

—Pero ¿cómo es que la encuentro á V. acompañada de Raquel?—preguntó Esteban andando al lado de ambas mujeres, colocándose entre ellas, y mirando alternativamente á una y á otra.

—Por mi fe, he hecho conocimiento con esta joven tan buena y tan linda, sobre poco más ó menos de la misma manera que con V. (dijo la anciana con alegría). Mi visita habitual se ha retardado un poco este año, porque he padecido un asma, y quise esperar á que hiciese mejor tiempo y más calor. Por lo mismo, no he hecho el viaje en un sólo día, sino que lo he dividido en dos. Esta noche dormiré en el *Café de los viajeros*, una posada muy buena y muy decente, situada allá abajo, cerca de la estación, y me marcho mañana, á las seis, en el tren expreso.

»Pero V. me preguntará qué tiene que ver lo que digo con esta joven. Va V. á oirlo. He sabido el casamiento de Mr. Bounderby. Lo he leído en un periódico, donde hacía el mejor efecto... ¡y qué buen efecto! (La vieja se apoyó en esta frase con entusiasmo singular.) Y quiero conocer á su mujer. Nunca la he visto. ¿Querrá V. creer que ayer no salió de casa la mujer de Bounderby? De suerte que por no renunciar á mi deseo, me estaba paseando antes de irme, y pasé dos ó tres veces al lado de esta joven: viendo un rostro tan dulce, la hablé, y me respondió. He aquí la historia (dijo la anciana á Esteban). Ahora puede V. adivinar el resto en mucho menos tiempo del que yo invertiría en contarlo.

Por esta vez Esteban tuvo que vencer una

prevención irresistible que le predisponía contra aquella anciana, cuyas maneras, sin embargo, eran tan francas y tan sencillas como pudiera desear.

Con aquella dulzura que era tan natural en Raquel y en el pobre obrero, éste anudó la conversación que más interesaba á la vieja.

—Pues bien, señora (le dijo); yo he visto á la esposa de Bounderby; es joven y guapa; tiene ojos negros, rasgados y graves, y tan tranquilos, Raquel, que jamás he visto otros semejantes.

—¡Joven y guapa! (exclamó la vieja encantada.) ¡Tan fresca como una rosa! ¡Qué feliz debe ser!

—Sí, señora; supongo que es muy feliz,—dijo Esteban; pero había alguna duda en la mirada que dirigió á Raquel.

—¿V. lo cree? Si en eso no puede haber la más leve duda. ¿No es esposa de su amo de V.?—replicó la anciana.

Esteban hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—Por lo que hace á mi amo (replicó, mirando de nuevo á Raquel), ya no es mío. Todo ha concluído entre nosotros.

—¡Esteban! ¿Has dejado su fábrica?—preguntó Raquel llena de inquietud.

—¿Qué importa que yo haya dejado la fábrica?

ca, ó la fábrica me deje á mí? Todo viene á ser lo mismo. La fábrica y yo vamos á separarnos, y acaso es lo mejor que pudiéramos hacer. Esto era justamente lo que, cuando os encontré, me iba diciendo á mí mismo. Se había hecho imposible mi existencia en esta ciudad. Quizás es un bien para muchas personas que yo me vaya, y quizá lo es también para mí; en todo caso, no puedo elegir; necesito ausentarme. Debo volver la espalda á Cokeville por algún tiempo, é ir á buscar fortuna, querida mía, empezando en otra parte con nuevos sacrificios.

—¿Y adónde irás, Esteban?

—No lo sé aún (dijo quitándose el sombrero y pasándose la mano por sus pocos espesos cabellos); pero no me marcho esta noche, Raquel, ni tampoco mañana. No es cosa fácil adivinar cómo y cuándo volveré; pero ¡bah!, no me faltará valor.

Y, en efecto, encontraba valor en la idea de que aquello era un sacrificio en pro de la felicidad de otros. Aún no había cerrado la puerta de la casa de Bounderby, y ya había reflexionado que su ausencia de Cokeville redundaría en provecho de Raquel, pues no se vería expuesta en lo sucesivo á que la molestasen por no haber cortado con él toda comunicación. Por mucho que le costase abandonarla, y aunque no podía pensar en ninguna otra ciudad manufacturera

adonde no le siguiese el extrañamiento, quizás era para él una especie de alivio verse obligado á huir de aquel suplicio, que había llegado á hacerse intolerable.

Podía, pues, decir con sinceridad:

—Mi partida me parece más fácil de sobrellevar de lo que hubiera podido imaginarme, Raquel.

Raquel no tenía deseos de agravarle su pesada carga; bastante difícil era de sobrellevar.

Le respondió, pues, con una sonrisa consoladora, y prosiguieron los tres su camino.

La ancianidad, sobre todo, es confiada y alegre; es también muy confiada entre los pobres.

La anciana tenía un aspecto tan honesto y resignado; se lamentaba tan poco de sus achaques, aunque se habían aumentado desde su última entrevista con Esteban, que consiguió interesar á sus dos compañeros.

Era demasiado considerada para consentir en que por su causa acortasen el paso; pero se mostraba muy agradecida porque se dignasen hablarle, y muy dispuesta á charlar mientras quisieran escucharla; de manera que cuando el obrero y su amiga llegaron á su barrio, la vieja iba más animada que nunca.

—Venga V. á mi pobre habitación, señora (dijo Esteban), á tomar una taza de te; así vendrá también Raquel, y yo me encargo de con-

ducirla á V. sana y salva á su hospedaje. Pasará mucho tiempo, Raquel, antes de que pueda tener la satisfacción de volver á hablar contigo.

Las mujeres aceptaron, y se dirigieron á la morada del tejedor. Al penetrar en una calle estrecha, Esteban levantó los ojos hacia la ventana de su habitación con cierta especie de terror, que estaba, por decirlo así, impreso en su vivienda solitaria; pero la vidriera estaba abierta tal como la había dejado, y no vió á nadie dentro de la estancia.

El ángel malo de su vida había tendido sus alas hacía ya algunos meses, y no había vuelto á oír hablar de él. Los muebles, menos numerosos, y los cabellos más canos del obrero, eran las únicas huellas que había dejado la última visita de su demonio familiar.

Encendió un fósforo, arregló la mesa para el te, tomó abajo agua caliente y compró un paquetillo de te y otro de azúcar, un pan y un poco de manteca, en la tienda más cercana. El pan estaba tierno y bien cocido, la manteca era fresca y el te y la azúcar de primera clase. Naturalmente, esto confirmaba el aserto repetido con tanta frecuencia por los potentados de Cokeville, de que los obreros vivían como príncipes en aquella atortunada villa.

Raquel hizo el te, y á la vieja le pareció delicioso. Aquella era la primera vez, después de

muchos días, en que Esteban gozaba de algo que se pareciese á las dulzuras de la sociedad con sus semejantes. Él también, aunque tenía que empezar su vida de padecimientos, hizo honor á la mesa. Nuevo argumento en favor del tema continuo de los potentados cokevillanos; á saber: que entre estas gentes hay una ausencia completa de todo espíritu de cálculo.

—Nunca he pensado, señora (dijo Esteban), en preguntarle á V. su nombre.

La anciana dijo que se llamaba la señora Pegler.

—¿Será V. viuda? —preguntó Esteban.

—¡Oh! Hace muchos años.

El esposo de la señora Pegler, uno de los mejores esposos que jamás se han conocido, había muerto, según el cálculo de aquella mujer, antes de que Esteban viniese al mundo.

—Muy triste es, señora, haber perdido á un hombre tan bueno (dijo Esteban). ¿No tiene V. hijos?

La taza que la señora Pegler tenía en la mano, chocando contra el platillo, denunció cierta agitación en aquella mujer.

—No (respondió). No los tengo, no los tengo.

—Habrán muerto, Esteban,—insinuó con dulzura Raquel.

—Siento haber hablado de esto (dijo Esteban);

debí comprender que acaso tocaba una cuerda sensible. He hecho muy mal.

Mientras se excusaba, la taza de la vieja volvió á chocar en el platillo.

—Tenía un hijo (continuó la señora Pegler con marcada expresión de sentimiento; pero tan extraño, que no ofrecía ninguno de los síntomas ordinarios de la aflicción), y ha prosperado mucho; pero no hablemos de él, si Vds. gustan. Lo he perdido.

Esteban sentía aún la pena que había causado á la anciana, cuando la dueña de la casa subió la escalera, y llamándole desde el descanso, le dijo algunas palabras al oído. La señora Pegler no era seguramente sorda, pues oyó el nombre que acababa de pronunciar.

—¡Boulderby! (exclamó con voz sofocada, y alejándose con rapidez de la mesa.) ¡Oh! ¡ocultadme! Por nada en el mundo quisiera que me viese. No le dejéis subir hasta que yo haya salido. Os lo suplico, os lo suplico.

Temblaba, y pareció muy conmovida, ocultándose detrás de Raquel, que procuraba tranquilizarla, y sin darse cuenta de lo que hacía.

—Vamos, señora (dijo Esteban, sumamente sorprendido): tranquilícese V., que no es Mr. Boulderby, sino su mujer. ¿Tiene V. miedo de ella? No hace un instante que le prodigaba V. los mayores elogios.

—¿Está V. seguro de que es la mujer y no el marido?—preguntó la vieja, que seguía temblando.

—Completamente.

—Entonces, hágame V. el favor de no dirigirme la palabra, y de no aparentar siquiera que me ve (dijo la anciana). Déjenme Vds. sola en este rincón.

Esteban consintió en aquella singular demanda, y consultó con una mirada á Raquel, que no pudo darle explicación alguna; después cogió la luz, bajó, y al cabo de algunos instantes volvió, alumbrando á Luísa, que entró en la estancia.

Venía acompañada de su hermano.

Raquel, de pié, se mantenía á una distancia respetuosa, con el chal y el sombrero en la mano, cuando Esteban, sorprendido con aquella inesperada visita, colocó la luz en la mesa. Entonces esperó á que la joven le dirigiese la palabra.

Era la primera vez en su vida que Luísa penetraba en la morada de uno de los obreros de Cokeville; era la primera vez en su vida que se encontraba frente á frente con uno de ellos en particular. Sabía muy bien que formaban un cuerpo, compuesto de centenares y de miles.

Sabía cuánto podía producir el trabajo de cierto número de obreros en un tiempo determinado.

Los veía en bandadas entrar y salir de sus madrigueras, como las hormigas y las limazas; pero sus lecturas le habían instruído más acerca de las costumbres de aquellos insectos trabajadores, que acerca de las costumbres de aquellos hombres y de aquellas mujeres, que sin embargo pertenecen también á la familia de los trabajadores.

Sabía muy bien que las gentes de Cokeville eran una especie de cosa á la que se le hacía trabajar tantas horas, que se le pagaba tanto salario, y nada más; una cosa que se arreglaba de una manera infalible, según las leyes de la producción y del consumo; una cosa que algunas veces se rebelaba contra esas leyes, y creaba dificultades; una cosa que padecía hambre cuando el trigo estaba caro, y que sufría indigestiones cuando estaba barato; una cosa que se reproducía en una proporción de tanto por ciento; que cometía un tanto por ciento de los crímenes perpetrados en cada año, y daba un contingente de tanto por ciento al pauperismo del país; una cosa cuyo comercio al por mayor servía para hacer fortunas inmensas; una cosa que se sublevaba alguna vez como la mar agitada, y causaba algún estrago, frecuentemente á sus propias expensas, y después volvía á entrar en su lecho; pero jamás en su vida le ocurrió la idea de descomponer aquella masa en unida-

des, así como no pensó nunca en descomponer la mar para ver separadamente cada una de las gotas que contiene.

Permaneció un instante examinando la estancia. Después de haber mirado las dos ó tres sillas, los pocos libros, los grabados de ningún mérito y la pobre cama, fijó sus ojos en las dos mujeres y en Esteban.

—He venido á hablar con V. de lo que acaba de pasar en mi casa. Quisiera prestarle á V. algún servicio si V. me lo permite. ¿Es esta su esposa de V.?

Raquel alzó los ojos, que contestaron claramente «no,» y los volvió á bajar.

—Recuerdo (dijo Luísa, avergonzándose de la equivocación que había padecido); recuerdo en este instante que he oído hablar de las desgracias domésticas que V. ha padecido, si bien entonces no presté grande atención á esos detalles. No he tenido ni remotamente intención de hacerle una pregunta que pudiera causar pena á ninguna de las personas presentes. Si me sucediese dirigir á V. otra que produzca el mismo resultado, sepa que es contra mi voluntad, y crea que, si cometo esa torpeza, es por pura ignorancia de lo que debo decir.

Lo mismo que poco tiempo antes Esteban había sentido cierta inclinación simpática hacia Luísa estando en casa de Mr. Bounderby, lo mis-